

Legalmente vivo

Entre abril y diciembre de 1998, esa casa de extraños que es los restos del cine mexicano, escenificó un zafarrancho de dimensiones colosales, sobre todo considerando el tamaño real de uno de sus factores centrales, la producción, reducido a un promedio de diez títulos anuales en sus mejores casos.

El *casus belli*: las modificaciones a la Ley de Cinematografía, promovidas por la Comisión de Cultura de la Cámara de Diputados, en la forma de la actriz y diputada María Rojo. Breve *flash back*: 1949, el cine mexicano es la segunda industria en crecimiento y generación de divisas del país. Pisa fuerte en toda zona hispanoparlante. Se aprueba una Ley de Cinematografía nada más por no dejar. El cine mexicano se rige por la ley de la oferta y la demanda, la exploración de sus aciertos y errores, sin prever la debacle que se dará, lenta pero inexorable, a lo largo de los próximos 25 años. 1992: está por aprobarse el Tratado de Libre Comercio y, en el furor de las adecuaciones legales para emparejarnos con Estados Unidos y Canadá, se somete a la Ley de Cinematografía a modificaciones urgentes que ceden mucho más de lo pedido por las otras naciones: se cancela literalmente la posibilidad de que exista un cine mexicano al hacer que cada año sea menor, por ley, el espacio en cartelera de las películas mexicanas (es fácil imaginar a norteamericanos y canadienses pasmados ante el regalo salinista: Jeez, those Mexican not only worships Death, but also Suicide!).

Cinco años después, y con un congreso con mayoría opositora, se estima la necesidad de revertir la salvajada: si de algo sirvió el intento fue para dejar claros los campos irreconciliables en que está dividido el cine en México. El sector más débil es el de la producción, el promotor de las modificaciones, agrupa al Sindicato de Trabajadores de

la Producción Cinematográfica, a los productores privados aún en activo (unos cuantos), al Instituto Mexicano de Cinematografía y a los guionistas. En la otra esquina, con el mango financiero de la sartén bien sujeto, los exhibidores (una nueva clase, emanada del salinismo tras la venta de la paraestatal Operadora de Teatros), los distribuidores del abrumador material hollywoodense y, de manera velada, los consorcios televisivos: los exhibidores rechazaban la sugerencia de la nueva ley de aportar un porcentaje de sus ingresos para la producción de películas (no veían qué relación podía tener su actividad con que exista el cine); la televisión y los distribuidores respingaron ante las restricciones al doblaje de películas: la primera lo hace con todo tipo de obra, clásicos y bodrios, y los distribuidores han descubierto una mina de oro en la clasificación AA, para todo público, que supone que la película viene doblada para beneficio de los niños.

El resultado final fue que los promotores de la Ley doblaron las manos en casi todo: se limitó el tiempo en pantalla del cine mexicano a 10%, el financiamiento ahora vendrá de alguna entidad celestial imprecisa y aunque no se dio marcha atrás en lo del doblaje, los infractores no se afligen: ya se habrán amparado, o esperarán pacientemente a que alguien llegue a multarlos (¿quién?) por seguir exhibiendo sin su sonido original películas no aptas para menores.

Esto del doblaje, por cierto, será materia de otro artículo. —

— GUSTAVO GARCÍA

Ribeyro o el desdiario de un hombre cansado

Las formas de la indiferencia son múltiples, abrumadoramente ilimitadas. Con dificultad podría de-

cirse de quien mantiene un diario que es un apático consumado, un olvidado de sí, no se diga de su realidad circundante; el diarista, para ser tal, no puede prescindir de la materia misma con que registra las fatigas del calendario: él y lo demás. Aun así, es posible estar al día y ser indiferente y anodino. Por ejemplo Kafka en la entrada del 2 de agosto de su *Diario*, año 1914: “Alemania declaró la guerra a Rusia. Por la tarde, en la Escuela de Natación”. Otro gran insatisfecho, Julio Ramón Ribeyro, comparte con el autor de *La metamorfosis* el hastío del solitario que se aburre los domingos, el personaje cansado que busca con desesperación salir de sí mismo y lo único que logra es caer con las palmas de las manos en el fango del mundo.

Pero en su diario personal, la indiferencia del escritor peruano al que le horroriza la monótona vida de todos los días, se vuelve a veces en su contra prodigándolo en el favor de la visión —a veces profética— en el teatro de los acontecimientos; como en París, durante el año axial de 1968: “La caída de De Gaulle: Gulliver vencido por los enanos. Los franceses no soportan la grandeza, la desmesura. Prefieren una confortable mediocridad. [...] Por no haber tolerado a un Quijote se condenaron a ser gobernados por una cohorte de Sanchos”. Llama la atención que alguien asediado por la pobredumbre de una existencia tan inmóvil como incógnita, pueda al mismo tiempo reconocer en la imagen de un estadista el pulso de la época (o elucubrar en un minucioso texto de criminología, “Al pie de la letra”, el perfil psicológico del antropófago más célebre del momento: Akito Kamura). Cioran es otro miembro distinguido de esa cofradía de ensimismados capaces de concentrar su lucidez pesimista y descreída en un aforismo, o de prolongar amistades en rigurosos ejercicios de admiración.

Los diarios propician la frase sentenciosa, buscan lo imposible: el sentido de un acto vano, el sitio que ocupará un hecho absolutamente mediocre en la